

ORTEGA Y GASSET PSICÓLOGO



Helio Carpintero

ORTEGA Y GASSET
PSICÓLOGO

Ensayos y aproximaciones

fórcola
Señales

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

«Ortega y Gasset», estarcido de Damián Flores

© Helio Carpintero Capell, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-2716-2019

ISBN: 978-84-17425-26-5

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

Sobre la psicología orteguiana

CADA LIBRO tiene su historia. La de éste, precisamente, se halla entretrejida con mi propia biografía de un modo muy complejo, por lo que al tratar de entender las razones y los motivos que lo han hecho posible, me encuentro buceando en los proyectos y las experiencias que han ido conformando la realidad sustantiva de mi existencia.

Llegué a la psicología, al igual que muchos otros, desde una previa dedicación a la filosofía. Lo peculiar del caso es que había ido familiarizándome con un pensamiento que, en mis años juveniles, estaba al margen de las enseñanzas académicas establecidas: la filosofía de Ortega y Gasset, a la que había llegado gracias a relaciones que me permitieron tener un trato continuado, personal, casi familiar, con el mayor discípulo y conocedor de ese pensamiento, el filósofo Julián Marías, que me permitió ver, personificada, unas ciertas ideas en una vida creadoramente dedicada al quehacer del pensamiento. Y semejante experiencia me impulsó a emprender un camino personal propio, adquiriendo una creciente familiaridad con aquel sistema de ideas.

Esas ideas no tenían «curso legal» en las aulas a donde hube de acudir para lograr un título socialmente reconocido. Como ya he dicho, Ortega, que había ejercido un magisterio enorme sin disputa en la universidad, estaba fuera de todos los programas de la posguerra de los que yo tuve que examinarme, y era, para mí, una disciplina cultivada en mi soledad, con el ejemplo que me llegaba de su máximo conocedor, que ejercía su magisterio en periódicos y conferencias, y representaba un ejemplo máximo de «libre pensamiento».

Cuando, algún tiempo después, hube de buscar un acomodo académico en que desarrollar una vocación docente a la que aspiraba a dar cumplimiento, surgieron ante mi vista unas redes de relaciones que enlazaban mi formación intelectual con los temas de un campo lleno de promesas y de intereses, el de la psicología, por el que empecé a transitar guiado ahora por un nuevo maestro, José Luis Pinillos, una persona llena de inquietudes y saberes múltiples, con un certero instinto para hallar los temas nucleares, y abordarlos de modo fecundo y original.

Entre esos dos polos intelectuales hube de comenzar a moverme, y creo, al cabo del tiempo, que entre ambos sigo todavía haciéndolo. Pensé, y sigo pensando, que la psicología de nuestro tiempo, crecientemente centrada en la vida personal, y en los recursos y modos de los comportamientos que hacen ésta posible, podía –y añadiré, también: debía– ser iluminada con los conceptos del pensamiento orteguiano, que gira en torno de la vida humana –en particular, la mía propia–, y que, de este modo, converge con aquella ciencia en el objeto que analizan: la vida personal. Los psicólogos decimos que nuestro saber gira en torno a los recursos y modos como se adapta la persona a su situación; y Ortega, y Julián Marías, han repetido por activa y por pasiva en innumerables lugares que el fin de la filosofía consiste en «saber a qué atenerse», a qué atenerse acerca de nuestra circunstancia y de nosotros mismos. ¿Cómo no tratar de aproximar sus respectivos puntos de vista, hasta llegar a encontrar una imagen, incluso en relieve, de esa actividad, o quehacer, de la persona en su mundo?

Ortega ha enseñado con energía la índole histórica de los quehaceres humanos, y ha insistido en que de todas las realidades hay que procurar dar «razón histórica» de su presencia y consistencia. Trasladado al campo de mis intereses psicológicos, ello se tradujo en una precisa cuestión: ¿Qué había sido, y qué era, la psicología en el seno de la sociedad española en la primera mitad del siglo xx? Como

campo de conocimiento, empezaba a desplegar sus alas allá por la década de los sesenta del siglo pasado, y lo iba haciendo con buen ánimo y fortuna. Pero lo hacía sin guardar la menor memoria de lo que otros españoles habían hecho previamente, hacia los años 1920 y 1930, antes de que hubieran de exiliarse y dejaran sin terminar sus proyectos profesionales en nuestro país.

¿Cómo no tratar de reconstruir esa historia? Y al hacerlo, ¿cómo ignorar la obra ingente de Ortega, no ya la filosófica sino la más concreta y próxima a la psicología, tan atractiva y variada, a la vez que dispersa en los miles de páginas de su obra completa? Y así vine a aproximar mis dos líneas mentales, empezando pronto a tener algunos resultados.

Uno fue el comentario de texto, que aquí se incluye, sobre un artículo de Ortega en que se analizan con gran finura las raíces de la mente humana, sus raíces emotivas y afectivas, el intelectualismo que ha dominado en Occidente durante siglos, y la convergencia de ambas fuentes. Especialmente me sedujo la idea, que ahí procuré poner en práctica, de aplicar un acercamiento «hipotético-deductivo» a la tarea del comentario de texto, que obligó a realizar imágenes globales del pensamiento orteguiano para fundar las diversas interpretaciones del texto analizado.

Otro fue la necesidad de resituar toda una serie de textos del filósofo relativos a la psicología, especialmente su modelo de personalidad sobre el «hombre-masa», en un capítulo global dedicado a la sistematización de sus ideas acerca de todos estos temas en mi estudio sobre *Historia de la Psicología en España* (1994), donde puede verse el gran papel que él jugó en la consolidación y expansión de los estudios psicológicos en los años que precedieron a la Guerra Civil. Y es igualmente sorprendente la amplitud de sus conocimientos sobre las escuelas de la época, particularmente europeas (psicoanálisis, funcionalismo, Gestalt, psicología comprensiva; no digamos ya sus reflexiones bien

conocidas sobre fenomenología, Herbart o Dilthey, que de algún modo ponen aún más de relieve la ausencia de referencias al conductismo de la época), que en buena medida confirman la atracción que sentía hacia esos temas. En las páginas que siguen se encuentran precisamente varias referencias a ese tema.

En fin, muchas de las reflexiones que me ha ido sugiriendo la lectura de su obra en relación con la comprensión de la psicología pueden fácilmente encontrarse en el Apéndice de este libro, *Esbozo de una psicología según la razón vital*, objeto en el año 2000 de mi discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Allí se ve, con bastante claridad, cuál es mi convicción acerca de la posible integración a fondo de esa filosofía con los desarrollos recientes del mundo de la psicología. No es éste el lugar ni el momento para resumir ni parafrasear lo que allí va dicho.

Encontré estimulantes sugerencias para ese proyecto en diversos lugares, pero especialmente en mis maestros más cercanos. Pinillos, por ejemplo, movido por su curiosidad e inquietud, había encontrado muchas cosas interesantes para sus reflexiones en las páginas orteguianas. No eran las menores la enérgica defensa que en ellas se hace de la historicidad de los comportamientos humanos, y las anticipaciones que ahí veía de más recientes desarrollos en el campo de la psichistoria¹, un tema que a nuestro psicólogo atrajo de manera insistente en su madurez.

También Yela ponderó en varias ocasiones el valor potencial de esa filosofía para una más honda comprensión de las investigaciones conductuales. La visión que él defendió de la realidad del comportamiento se expresa bien en su definición de éste como «la acción física significativa»², una fórmula que busca conciliar la dimensión corporal, incluso biológica, de la conducta con la propia de las significaciones y los procesos cognitivos, aspectos ambos a su juicio inseparables a la hora de comprender la acción humana.

Estímulos vivos, aunque ya más lejanos, me llegaron también de dos personas que, cada una a su manera, habían vivido de cerca la obra y la persona de Ortega, y se habían interesado a la vez por la psicología. Hablo de ellas aquí. Me refiero a Luis Valenciano –cuando lo conocí era una figura de la psiquiatría en Murcia– y, sobre todo, a la personalidad –llena a la vez de saber y de modestia– de José Germain, a quien encargué su autobiografía para los números iniciales de la *Revista de Historia de la Psicología* que empecé a editar en la Universidad de Valencia (1980), y con ello reavivé sus recuerdos e ilusiones, algunos de los cuales me confió mientras preparábamos la edición de ese escrito suyo, tan fundamental para conocer la historia de nuestra psicología.

Pero, sin duda, el mayor impulso me llegó desde la visión del hombre que Marías ofrece en su obra de madurez *Antropología metafísica* (1970). En sus páginas se ofrece una precisa visión de la posición que corresponde a nuestro cuerpo cuando se lo contempla desde nuestra vida, y con ello, el lugar que a sus mecanismos, tanto fisiológicos como psicológicos, cabe asignar en relación con la realidad radical. La visión ingenua nos impulsa a situar la vida, entendida como vida biológica, en el lugar de una cualidad o propiedad del organismo, al que vendría a pertenecer; en cambio, la perspectiva filosófica reconoce que todas las realidades concretas, incluido el cuerpo y sus circunstancias, están situadas «en mi vida», que es donde las hallo, y en donde las encuentro «radicadas», esto es, fundadas. No cabe inversión más completa. Pero cuando se reconoce y explicita, abre el camino para una sistemática comprensión de los problemas desde su radicalidad, y llegamos a entender la psicología como la «ciencia explicativa de la vida biográfica», como en algún lugar he llegado a proponer. Y con ello, se abre un vasto programa de tareas que, a partir del análisis de esta última, organiza y define las cuestiones que hay que llegar a aclarar.

Mi *Esbozo* citado, tarea para mí inacabada, marca no obstante una línea ideal de progreso que desearía llegar a recorrer en busca de nuevas claridades. Mientras tanto, he ido haciendo algunos ensayos ocasionales, destinados principalmente a hacer ver con alguna precisión aspectos o temas del pensamiento de Ortega, cuyo rigor corre pareja a la dificultad que en el mismo uno encuentra nacida del, a mi ver, excesivo brillo de su genio literario.

Los trabajos que ahora reúno, bajo el generoso impulso del editor, aparecen como fueron publicados en su día, corregidas las erratas que en su lectura he hallado, pero sin más retoque ni afeite. Ciertamente, la literatura sobre Ortega, de los años setenta para acá, ha crecido y se ha fortalecido de modo extraordinario. Ha visto la luz una revista fundamental para el estudio de ese pensamiento, *Estudios Orteguianos*, y se han escrito libros y tesis doctorales que, en muchas ocasiones, ofrecen gran cantidad de información sobre algunos de los puntos que había yo tocado previamente en mis ensayos. No es el momento de hacer listas de obras, sin duda todas tenidas en cuenta en las páginas de la revista que acabo de mencionar. Algunas cosas directamente relacionadas con la psicología también llegaron a ver la luz en la ya mencionada *Revista de Historia de la Psicología*, una publicación que desde 1980 viene apareciendo regularmente, y muy recientemente ha pasado de la edición en papel a la edición *online*, donde hoy puede ser consultada en su integridad por los lectores interesados. He pensado que no tenía ningún sentido reescribir mis ensayos –salvo mínimas correcciones y alguna actualización–, ni cargarlos con citas de trabajos que no pudieron ser consultados en el momento de su escritura. Al final del libro se indica la procedencia de los textos aquí reunidos. Quien hoy se interese por esos temas, al lado de mis modestas intuiciones podrá colocar sin dificultad los datos recientes que ofrece la bibliografía orteguiana actual.

Creo, en todo caso, que el intento último que inspiró estos trabajos sigue siendo valioso, y podría llegar a ser fecundo. La psicología de nuestro tiempo, y muy particularmente toda aquella dirección que ha decidido explorar las múltiples y fecundas cuestiones de las que hoy se ocupa la «psicología positiva», pero no sólo ella, puede encontrar una orientación intelectual sólida en el pensamiento de Ortega, y puede hacer de la realidad radical de «mi vida» su piedra de toque para enfocar las preguntas que permitan hacerla avanzar en la comprensión de la vida humana. Se ha dicho en muchas ocasiones que lo que verdaderamente permite avanzar nuestro conocimiento es la formulación de preguntas oportunas y con sentido, tanto o más de lo que lo hacen los descubrimientos puramente fácticos y ocasionales. Yo veo en esa filosofía de Ortega, ante todo, un semillero de preguntas y cuestiones que podrían movilizar el pensamiento de cuantos se ocupan de temas psicológicos en nuestro tiempo. Esa idea es la que me anima al reunir y reeditar estas páginas. Muchas de ellas deben mucho a la colaboración de colegas entrañables: Enrique Lafuente, Emilio García, Fania Herrero, Enid Miranda; y sobre todo, al estímulo de mis maestros Julián Marías y José Luis Pinillos. Estas páginas, como se ve, son resultado de una vida hecha en gran medida en convivencia intelectual. El tiempo dirá si al reunir las, con la ayuda inestimable del editor, acerté en la empresa.

ORTEGA Y GASSET PSICÓLOGO
Ensayos y aproximaciones

1

Procesos psicológicos y situación histórica en el pensamiento de Ortega

UNA Y OTRA VEZ, en los tiempos recientes, se han acercado los filósofos a la psicología en busca de inspiración, confirmación o meras sugerencias para su teoría, al tiempo que los psicólogos han procurado, tercamente, distanciarse de aquéllos. Tal vez los problemas epistemológicos han facilitado un campo de interés común desde el que quepa en su momento replantear de nuevo las relaciones entre ambos saberes. Pues crecientemente se impone la evidencia de que una psicología sin filosofía carece de sólidas bases con que abordar ciertos problemas radicales de su campo, mientras que una filosofía que vuelva la espalda a lo que sobre el hombre, y sobre el mundo, dice una psicología de hoy, por fuerza ha de estar por debajo de su tiempo.

Mientras vienen mejores tiempos de integración de saberes podemos aprovechar y reflexionar ciertas construcciones intelectuales en que se abordan con inmediatez y amplitud temas de común interés para el filósofo y el psicólogo: los temas del hombre y su vida, su actitud ante el mundo y ante sí mismo, su relación con los otros, su pensar, su querer, su sentir. Una de estas construcciones, que exige un trabajo de incorporación y aprovechamiento de sus ideas para ampliar las perspectivas que hoy tratamos de alumbrar, es la obra intelectual de Ortega.

Hay motivos circunstanciales en esta vuelta que esbozan muchos espíritus hacia la figura de Ortega³. Pero puede haber también motivos más profundos y radicales. Al menos puede haberlos para los psicólogos de nuestro tiempo. Y ello por una razón bien sencilla.